

HOMENAJE A CONCHA LAGOS

JOAQUÍN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

Un día, en Córdoba, hace algunos años, en la plaza llamada del Ángel, nació la niña Concepción Gutiérrez Torrero.

Fue bautizada en San Nicolás de la Villa, a la sombra de su octógona torre mudéjar. Un tío suyo, católico no muy practicante, algo heterodoxo para el ambiente de la época, solicitó del párroco que recibiera las aguas bautismales en la pila de San Álvaro. El presbítero, algo picaón, le preguntó: “¿Es que quiere Vd. que sea santa?”. Y su tío contestó con la misma socarronería: “Quiero que sea inteligente”.

Y la niña creció entre familiares notas musicales con genes de Eduardo Lucena, mientras correteaba las calles céntricas de Córdoba, camino de La Corredera y de San Pedro, pues la habían apuntado en el colegio de las Francesas.

A los doce años de edad cambia su vida, al abandonar Córdoba sus padres. Madrid, Galicia, París, Escocia, Bruselas, Portugal y hasta Argentina... son nuevos escenarios, más o menos eventuales, de su existir inquieto.

Mario, su esposo, en su misma línea de inquietudes, se enamoró de la todavía niña y pidió a los padres que “se la guardaran”.

Se estableció el matrimonio en la Gran Vía madrileña, cenáculo de “Ágora” y casa de todos los cordobeses que acudían a la villa y corte ávidos de fama, de editores y hasta de dinero.

Porque para entonces ya había aflorado la poetisa que llevaba dentro, en una línea espiritual que se inicia con *Balcón* (poesía) y *Pantano* (prosa), escritos en 1936 y publicados casi cuatro lustros más tarde, y ha llegado, por ahora, a *Campo de la Verdad* y a *Últimas canciones*, con cuyos versos nos regala hoy esta niña de 86 años que fue pintada repetidas veces por Miguel Nieto, amigo de Romero de Torres que dejó retratos de todos los hombres del 98; que ha conseguido la perfección en el ritmo, tanto en la rima como en el verso libre, quizá por herencia musical; y que ha sido muy elogiada por la cualificada crítica de Gerardo Diego, de mi maestro Dámaso Alonso y en general de todos los maestros del 27, en

consonancia con la que hoy suele realizar de sus versos el profesor Manuel Alvar.

Esta niña que "tiene la osadía del tímido", en palabras del autor de *Hijos de la ira*, tiene también en su haber cerca de cuarenta títulos, entre prosa, verso y canciones. Y Córdoba, su Córdoba natal y esporádicamente visitada... siempre en el trasfondo de su poesía, como en *Arroyo claro* o *Canciones desde la barca*, con claras influencias de las canciones de corro o de rueda de sus juegos infantiles.

Canciones..., canciones... En casa de la familia de su marido, aquel venerable Mario con el que conversábamos en la Hospedería del Valle de los Caídos y en su domicilio madrileño, le preguntaban a Concha, obstinada inapetente: "¿No comes?". Y ella respondía sin el menor titubeo: "No. En mi tierra cantamos".

Pues aquí en su tierra que también es la nuestra, en esta casa de sabiduría clara fuente, que también es la suya, donde aún aletea el espíritu del prócer Rafael Castejón, tan amigo, nos dispusimos a escucharla. Quede aquí mi particular homenaje a "Concha Lagos".